

¿EL FIN DE LA HISTERIA?*

*Por: David Sarquis**

Los pregoneros del capitalismo están de plácemes. Desde las voces más conocidas del sistema, hasta las más célebres desconocidas, prestas a saltar a la popularidad, han proclamado ya con bombos y platillos, que al cierre de la novena década de nuestro siglo, finalmente se ha dado el postrero y decisivo triunfo de las fórmulas del "liberalismo occidental" para regir, de ahora en adelante, ni más ni menos que el mismísimo destino de la humanidad.

Ciertamente que los acontecimientos ocurridos durante la segunda mitad de 1989 en el llamado "bloque oriental", que de antaño divide a nuestro planeta según el enfoque conceptual de una distinción entre Este y Oeste, como fuerzas generadoras del proceso histórico fueron más que notables debido a su espectacularidad (sobre todo si se contemplan a la luz de la estática aparentemente predominante en las relaciones internacionales durante poco más de cuatro décadas) y, en consecuencia, se puede sostener que toda la especulación que estos sucesos han propiciado, tanto entre los especialistas como entre los neófitos, está plenamente justificada. En efecto, incluso para el observador casual, la conclusión de que "algo fundamental ha ocurrido en el plano de la historia mundial"¹ resulta virtualmente inevitable.

En esa coyuntura tampoco han faltado las voces de aquellos "augureros" que aseguran haber "previsto" el fracaso y ulterior derrumbe de los regímenes comunistas, prácticamente desde sus inicios, sin embargo también los ha habido entre los propios especialistas, que manifiestan su asombro por la magnitud y el alcance de los movimientos socio-políticos que sacudieron al mundo comunista. En tales condiciones, no resulta demasiado difícil imaginar el grado de confusión que la situación actual de

* Reproducido de la revista *Relaciones Internacionales*, vol. XIII, núm. 50, enero-abril 1991, Universidad Nacional Autónoma de México.

** Profesor del Centro de Relaciones Internacionales.

1. Fukuyama, Francis "The end of History? *The National Interest*, Summer, 1989 p.3.

Relaciones Internacionales, vol. XIII, núm. 50, 1991, UNAM.

la escena internacional debe significar para la vasta mayoría del público no especializado que la observa. Confusión que, por otra parte, ha resultado idónea para los voceros del capitalismo (oficiales y acomodados) ansiosos por explicar "el sonado triunfo del sistema" con mayor solidez desde un punto de vista teórico-conceptual.

Que a estas alturas la voz de la opinión pública en el mundo occidental sostenga que los acontecimientos de 1989 en la Europa del Este (lo mismo que en la lejana y legendaria China) constituyen la mejor evidencia del rotundo fracaso del marxismo-leninismo como fórmula de organización social, no debe resultar extraño. Después de todo, el enorme cúmulo de noticias, debidamente presentadas por los medios masivos de comunicación, parece no dejar el más mínimo lugar a dudas. No obstante, para el aspirante a especialista en cualquiera de las ramas del saber humano avocadas a las cuestiones sociales, la ponderación de los hechos tiene que ser un un proceso decididamente más cuidadoso. De ninguna manera podemos conformarnos con la apariencia externa de las cosas y dejar al margen el análisis exhaustivo a cambio del análisis periodístico. Sobre este particular, no en balde prevenía Oswald Spengler desde el siglo pasado en su *Decadencia de Occidente* que cuando "Inglaterra descubrió el ideal de la prensa libre, también descubrió, al mismo tiempo, que la prensa sirve a sus propietarios. No se encarga de difundir una opinión libre, sino de generarla".²

Desde este punto de vista resulta fácil comprender que una buena parte de esas voces explicativas del "proceso oriental", que tan fuertemente se han escuchado en el occidente, tienen esencialmente una función propagandística que busca sacar el máximo de provecho de esta coyuntura, no sólo en favor de la idea occidental, sino concretamente, del modelo norteamericano para la organización de la sociedad internacional.

Sin embargo, algunas de las voces especializadas en el propio mundo occidental merecen un análisis más detenido. Y no porque sus objetivos sean significativamente distintos a los del primer grupo de comentaristas, sino porque los elementos de su discurso pretenden presentar una mayor solidez conceptual en pro de sus argumentos.

¿Significa realmente la caída de los gobiernos comunistas de la Europa Oriental la ruina del materialismo histórico y dialéctico como corriente filosófica? ¿Constituye, al mismo tiempo, prueba contundente de que Marx se equivocó? ¿Verdaderamente responde la naturaleza humana, mejor que a cualquier otra cosa, a los postulados filosóficos del liberalismo occidental?

2. Citado por: Henry Tروفименко en "The end of the Cold War, not history", The Washington Quarterly, Spring 1990 p.26.

El ensayo de Francis Fukuyama, sugestivamente intitulado "¿El fin de la historia?"³ ha brindado tanto a los académicos e investigadores, como al público en general la ocasión para un acalorado debate prácticamente a nivel mundial. Y no porque su trabajo resulte especialmente original o iluminador en términos de su contenido, sino porque, eso sí, tiene el inobjetable mérito de plantear las interrogantes adecuadas para una revelación integral de los hechos.

Me parece que el análisis del ensayo de Fukuyama puede hacerse en dos planos convergentes, o si se prefiere, desde dos ángulos íntimamente relacionados pero claramente distinguibles entre sí.

Por una parte, tenemos sus comentarios sobre el plano fenomenológico de la realidad internacional contemporánea (es decir, sobre el significado y alcance que él distingue en los acontecimientos observados en la praxis) y por otra, tenemos las implicaciones de sus comentarios sobre el plano de la teoría (es decir, sobre las fórmulas sugeridas para una cabal comprensión de la dinámica subyacente a esos acontecimientos y, en última instancia, del propio devenir de la historia de la humanidad).

Desde el punto de vista fenomenológico, Fukuyama pone el énfasis de los acontecimientos en su carácter de hito histórico: de frontera que marca el fin de una época: la de la guerra fría, a su vez expresión última de la confrontación ideológica y el inicio de una nueva era: la de la internalización del modelo norteamericano o la de la implantación del Estado homogéneo universal basado en ese modelo.

Resulta natural que al término de cualquier evento que ha sido considerado como una contienda o competencia se busque identificar a un ganador al que hay que celebrar y, lógicamente, la presencia del ganador lleva implícita la noción del perdedor que, en el mejor de los casos quizá sólo resulte digno de lástima. Esta tradición tiene raíces históricas tan profundas que permite concluir legítimamente que forma parte de lo que podríamos llamar "naturaleza humana". Aunque debe enfatizarse que se trata de una naturaleza "forjada" por la historia y no fijada apriorísticamente.

No es pues de extrañar que los norteamericanos celebren tan estruendosamente lo que ellos consideran como su victoria, "lo extraño sería", nos dice E. P. Thompson, "que no lo hicieran".⁴

3. El artículo está basado en una ponencia originalmente presentada durante un Seminario realizado en el Centro John M. Olin para la indagación en la teoría y la práctica de la democracia, auspiciado por la Universidad de Chicago y apareció publicado en la edición de verano de la revista *The National Interest* en 1989. El autor es director adjunto del Grupo de Planificación de Políticas del Departamento de Estado. Washington.

4. Thompson, E. P., "History turns on a new hinge", *The Nation*, January 29, 1990 p. 117.

Después de más de 40 años de histeria colectiva a nivel planetario propiciada por el advenimiento de un modelo bipolar rígido en las relaciones internacionales, agravada además por el frenético desarrollo de una costosa carrera armamentista, el término de la contienda que se perfila en el horizonte de la historia tendría que ser considerado como un triunfo para la humanidad. Sin embargo, los guerreros fríos de occidente no parecen dispuestos a compartir el honor de la gloria. Ingenua o maliciosamente pretenden olvidar que eso que tan pomposamente llaman "la idea occidental", ese cúmulo de valores que sustentan a la civilización de nuestro hemisferio, es en realidad una amalgama de nociones, conceptos y principios forjados al paso del tiempo con la contribución de las más variadas culturas desde la remota antigüedad. Sería prácticamente imposible encontrar alguna "idea" conservada enteramente pura desde sus orígenes. Corregidas y aumentadas mediante las aportaciones de toda una gama de pueblos, "las ideas" en que se finca "la civilización occidental" no pueden ser reclamadas como patrimonio exclusivo de ningún particular, del mismo modo que ninguna nación del hemisferio tiene el derecho de adjudicarse en propiedad el nombre de todo nuestro continente.

Así pues, cerrar los ojos a las contribuciones que han hecho diversos pueblos en el terreno de la justicia social o del derecho laboral por sólo citar ejemplos muy obvios, como sería el caso de México durante la etapa del proceso que concluye con el Congreso Constituyente de 1917, plasmado en la primera constitución Nacional de proyección social tan amplia, equivale a cerrar los ojos selectivamente ante el devenir histórico.

Que el fin de la histeria colectiva propiciada por la amenaza de un holocausto nuclear sea un acontecimiento que merece ser festejado con fanfarrias a nivel mundial es algo que difícilmente se podría cuestionar (a menos que esté uno involucrado en el negocio de la producción de armamento), sin embargo, sugerir siquiera que dicho mérito corresponda exclusivamente a la sagacidad y sapiencia de los visionarios estrategas norteamericanos parece un tanto excesivo, y por lo menos, digno de reflexión. E. P. Thompson recoge el tema al apuntar que: "efectivamente, uno puede cuestionar todo este esquema triunfalista con diversos argumentos: 1) lejos de apresurar estos cambios, puede decirse que la postura de la OTAN los retrasó (...) Brezhnev y su camarilla derivaron su única legitimidad precisamente en función de la "amenaza" occidental y de la necesidad de defenderse contra un adversario fuertemente armado con bombas nucleares".⁵

Por otro lado, todavía no dejan de sonar estruendosas las campanas

5. Ibid.

echadas a vuelo por los triunfalistas para festejar "la vocación pacifista" de occidente, vencedora del maligno cáncer comunista, y justo cuando tratábamos de vislumbrar el tedioso panorama "sin historia" que nos ofrece Fukuyama, en en que la única alternativa excitante será la de "cuidar el museo de la historia". El profesor Martín McGuire, de la Universidad de Maryland nos tranquiliza mostrando que de hecho la historia no se ha terminado y más aún, nos demuestra que, si bien es cierto que a partir de los acontecimientos de 1989 en la Europa Oriental: "la dimensión militar del riesgo para la seguridad nacional ha disminuido; la componente socioeconómica se ha elevado drásticamente y (en consecuencia) la inseguridad que resultaba de la competencia entre el Este y el Oeste, ahora proviene de un conjunto de actores mucho más complejo".⁶

Todo parece indicar que Mr. Fukuyama no tendrá que sentirse tan aburrido ni tan nostálgico como pensaba ahora que la confrontación ideológica entre el liberalismo y el "comunismo" ha tocado a su fin. Después de todo, la realidad benevolente ya está poniendo de manifiesto nuevas historias colectivas para mantener en marcha la pesada industria ideológica de los Estados Unidos. Benditos sean pues lo problemas ecológicos del planeta, la deuda externa y los problemas demográficos del Tercer Mundo, ¡ah! claro, y don Manuel Noriega.

No deja de ser interesante, por inusual, que un funcionario público del vecino país del norte se ocupe, en forma tan detallada para los estándares de su país, de retomar el debate clásico en filosofía entre idealistas y materialistas para explicar el devenir de los acontecimientos cotidianos.

No obstante, retomando los viejos postulados hegelianos (a través de "un brillante emigrado ruso", Alexandre Kojève) Fukuyama reconoce que la historia (esa que ahora ha terminado) es, en efecto, el resultado de un largo y complejo proceso de confrontaciones y contradicciones que sólo se manifiestan en el plano material (donde las identifican los marxistas) pero que tienen su origen y, por ende, su esencia en el plano de las ideas; en el ámbito ideológico.

"Para Hegel", nos recuerda el autor: "toda forma de comportamiento humano en el mundo material, y por lo tanto, la totalidad de la historia del hombre, tiene sus raíces en un estadio previo de conciencia (...) este ámbito de la conciencia a largo plazo se manifiesta necesariamente en el mundo material, y de hecho lo crea a su propia imagen. La conciencia es la causa y no el efecto, y puede desarrollarse de manera autónoma con respecto al mundo material".⁷

6. McGuire, Martin, "The Revolution on International Security", Challenge, march-april 1990, pp. 4-5. Subrayado del autor.

7. Fukuyama, op cit., p.6.

Es obvio que ni Hegel, ni Kojève, ni Fukuyama interpretarían igual que Marx la célebre sentencia aristotélica según la cual "nada está en la inteligencia que primero no haya pasado por los sentidos", aunque, por otro lado, tampoco se podría afirmar que hubiese coincidencia de fines en la indagación filosófica de los tres primeros con el último. Pero no se trata aquí de hacer una apología del materialismo y mucho menos de una versión mecanicista. Evidentemente, con la interpretación de Fukuyama, la dialéctica pierde su aportación más original consistente en la superación de la vieja antinomia entre las categorías de sujeto y objeto que durante siglos alimentó (y ahora resulta que lo sigue haciendo) un debate estéril, cuya esencia consiste en tratar de establecer el predominio de una sobre la otra. Fukuyama nos presenta la más reciente reapertura de ese antiguo debate, a más de un siglo de que la dialéctica lo había resuelto postulando una interrelación de influencia recíproca entre ambas categorías. Ningún materialista serio puede soslayar la importancia de "la idea" en el devenir del proceso histórico, pero ni siquiera idealistas más conservadores deberían ignorar "las condiciones materiales de la existencia" que dan paso al florecimiento de las ideas. La interesante obra de Georgy Lukacs sobre *Historia y conciencia de clase*⁸ es particularmente ilustrativa a este respecto.

Siguiendo los lineamientos más conservadores de ese rancio debate que busca determinar una supremacía entre el sujeto y el objeto; o entre "la idea" y "las condiciones materiales de su existencia", como fuerzas motrices de la historia, Fukuyama concluye, apoyado en la autoridad de Kojève sobre la filosofía de Hegel, que la historia reciente nos demuestra fehacientemente la primacía de la idea sobre la materia. No es pues de extrañar que, al vislumbrar "el fin de la ideología", el funcionario del Departamento del Estado deduzca, mediante la forma más elemental del silogismo que, en ausencia del conflicto ideológico, la historia ha llegado a su fin.

No obstante, aún con la mejor disposición de aceptar para su análisis esta formulación tan primitiva del raciocinio deductivo, queda lugar para la duda: ¿qué garantía tenemos de que, efectivamente, esa universalización del modelo ideológico del liberalismo (incluso en caso de darse) va a poner fin al surgimiento de nuevas o remozadas contradicciones ideológicas? Según apunta Fukuyama, ya más de 200 años de lucha (a la larga victoriosa) contra diversas manifestaciones de "la idea" totalitaria y antidemocrática nos hablan del valor intrínseco y superior de los princi-

8. Cir., Lukacs, Georgy, *Historia y conciencia de clase*, Ed. Grijalbo, México 1969, en especial el tercer ensayo "Conciencia de clase", pp. 49-88.

pios liberalistas; pero ¿acaso no resulta prudente examinar de dónde han surgido todos esos intentos o “atentados” contra el liberalismo? ¿Cuáles han sido los contextos históricos en los que han florecido “las ideas (supuestamente) antiliberales”? Me parece que un cuidadoso análisis de los excesos y las deficiencias de este sistema no está del todo sobrado al hacer la evaluación global.

Ahora que todos los adeptos del sistema capitalista proclaman (teóricamente basándose en “los hechos”) las excelsas virtudes del liberalismo económico y de su complemento, el liberalismo político, dado que (según ellos) ambas fórmulas centran su interés principal en el hombre (?), conviene recordar esas condiciones deplorables que hicieron posible el surgimiento de este sistema. No todo fue trabajo honesto y ahorro en el proceso de acumulación originaria del capital. El robo, el fraude, la piratería, el genocidio forman parte de esa historia que muchos preferirían olvidar. Incluso desde el punto de vista de la legalidad interna del sistema, en el rubro de lo concerniente al establecimiento de las condiciones para regir el proceso productivo (jornadas de trabajo, salarios, etc.) el expediente histórico del capitalismo no es el más ejemplar. Pero no es este el sitio para evocar sentimentalismo. Las voces triunfalistas de los hechos históricos demuestran la superioridad del sistema porque la gente tiende “naturalmente” hacia él, y prefiere, nos aseguran, los excesos de la libertad a los excesos de cualquier forma de totalitarismo. Supongo que habrá que esperar un poco para ver como reacciona “la gente” del Este ante esos excesos de la libertad. ¿Qué reclamos harán a sus nuevos gobiernos cuando aumenten los índices de desempleo; cuando se pierdan prestaciones sociales adquiridas al calor de la lucha laboral; cuando golpee la inflación en nombre del mero crecimiento económico que les permita financiarse por algún tiempo sobre la base de una creciente deuda externa? Tal vez sea todavía un poco prematuro echar campanas al vuelo incluso sobre el mero triunfo del liberalismo, por no hablar del fin de la historia.

Después de todo, también se podría apelar a la evidencia histórica para demostrar que no basta con proclamar el derecho universal a la libertad mientras no se creen las condiciones materiales de existencia que permitan ejercerlo, y que, en este sentido, las aportaciones del capitalismo son más bien escasas.

Adicionalmente, los voceros del sistema se han complacido en señalar que esos mismos hechos que ponen de manifiesto la superioridad del liberalismo, nos hablan del fracaso de las economías planificadas. El punto merece atención. Las acusaciones no son del todo nuevas. Incluso durante los periodos de mayor dificultad para el esquema de producción capitalista, sus ideólogos han sostenido que son fuerzas ajenas a la lógica pura del sistema de mercado (más aún fuerzas de carácter claramente

exógeno), las que han generado los desequilibrios. Prácticamente desde fines del siglo XVIII, en que se postuló teóricamente la capacidad autorreguladora del sistema, sostienen sus economistas que basta y sobra con dejar operar solo al mercado para que alcance su balance perfecto. Aun después de golpes tan fuertes al sistema, como la crisis de 1929, que obligó a la revisión de la doctrina y al surgimiento de la noción de algunos mecanismos de control, el principio del autocontrol sigue incólume ya que dichos mecanismos constituyen "válvulas de escape" coyunturales. El socialismo, en cambio, o cualquier otro sistema que se base en la pretensión de controlar a las fuerzas económicas que participan en los ciclos productivos están, de antemano, condenados al fracaso porque atentan contra uno de los elementos vitales que promueven el desarrollo económico de las sociedades: el afán individual de superación. Al limitar las posibilidades de mejoría o al eliminar el incentivo del lucro personal, nos dicen los ideólogos, se frena inevitablemente el potencial económico de la sociedad entera. El argumento parece contundente, sin embargo, es preciso recordar que a muy poco tiempo de instaurados los regímenes de economía planificada en Europa Oriental, las condiciones de vida a nivel popular, aunque no comparables a las del llamado Primer Mundo, pronto fueron competitivas con respecto a las del llamado Tercer Mundo, sujetas a las leyes de la economía libre que permiten el financiamiento del mundo industrializado. Ciertamente que esto equivale a decir, no solamente que el modelo de economía planificada pudo ofrecer algunos resultados concretos a pesar de las condiciones adversas (tampoco debemos olvidar que los regímenes socialistas han vivido prácticamente desde su inicio en un virtual estado de guerra, lo que obliga a orientar el desarrollo del aparato productivo de la sociedad hacia el fortalecimiento del sector militar), sino aún más, que el desarrollo espectacular de la economía de los países industrializados está fincado históricamente en la miseria del resto del mundo. Muchos ideólogos occidentales se molestan ante esta acusación: se quejan de que los ineptos y corruptos sistemas socioeconómicos del Tercer Mundo les echen la culpa de sus fracasos y su subdesarrollo y sencillamente se niegan, siquiera a considerar que el proceso de internacionalización del capital (ya tratado por los marxistas) haya producido tal monstruosidad.

Emile James, profesor de economía de la Facultad de París escribía en 1959: "nada más torpe ante la pregunta de si el marxismo ha sido o no confirmado por los sucesos de nuestro tiempo, que buscar una respuesta en los acontecimientos sobrevenidos en la Rusia soviética o en los países socialistas; en los países que siguen siendo capitalistas es donde hay que

buscar los datos que permiten contestar a tal pregunta. El marxismo es, esencialmente un análisis del capitalismo y de su destino".⁹

Ahora bien, ese proceso de internacionalización del capital no es fácil de ponderar bajo un esquema que concentra la atención de los observadores en la actuación unitaria de los actores individuales del sistema (primariamente los Estados) y que, por principio, niega que las contradicciones internas de los primeros actores en el escenario histórico hayan sido trasladados fuera de sus fronteras para así permitirles el éxito de su política económica para el desarrollo. Desde este punto de vista Fukuyama observa atinadamente que "no es necesario que al final de la historia, todas las sociedades se conviertan en sociedades liberales exitosas".¹⁰ De hecho, habría que agregar que es literalmente imposible. Pretender desarrollar las economías nacionales del mundo siguiendo el patrón clásico de las economías ya desarrolladas, no solo crearía graves tensiones sociales, sino peor aún, un deterioro ecológico probablemente irreversible. La preocupación no puede quedar en manos de unos cuantos. La meta de un crecimiento económico meramente cuantitativo puede responder a la razón tal como el sistema de mercado, pero ya a estas alturas debería ser evidente que el mercado no entiende ningún otro tipo de razones.

El proceso de homogeneización de la sociedad internacional tal y como lo presenta Fukuyama tiene muy importantes corolarios para el estudioso de las relaciones internacionales contemporáneas pues, de hecho, a largo plazo implica una virtual desaparición de su objeto propio de estudio. Aun y cuando "la mayor parte del Tercer Mundo continúa empantanada en la historia y será terreno propicio para el conflicto en los años venideros"¹¹ para "los verdaderos" forjadores de la historia, el fin del conflicto ideológico (una vez demostrada la superioridad del liberalismo), significa al mismo tiempo el fin de la fuente real de todo conflicto. Realistas y neorrealistas quienes, desde la época de Hobbes sostienen en el plano teórico que la agresión y el conflicto son inherentes a la naturaleza y por ende a la sociedad humana, se equivocan al pensar que la defensa a ultranza del "interés nacional" sería la misma en el contexto de un escenario internacional "desideologizado" que en uno donde la confrontación ideológica pone en marcha la dinámica fenomenológica. Es precisamente ahí, según Fukuyama, donde se encuentra el meollo del asunto. En un ambiente ideológicamente homogeneizado la noción misma de

9. James, Emile, *Historia de pensamiento económico*, Editorial Aguilar, 5a. edición, Madrid, 1971, p. 167.

10. Fukuyama, op. cit., p.13.

11. Ibid., p.15.

“interés nacional” pierde sentido. Así pues, una vez establecido (y además demostrado): 1o. que la idea es el origen auténtico de la realidad que todos percibimos y 2o. que la más lúcida y brillante de todas las ideas en el plano de la organización social es la del liberalismo occidental, la consecuencia más obvia salta a la vista: los teóricos ya no tienen más qué hacer. Si el objetivo fundamental que justificaba no sólo su tarea, sino su propia existencia era la elaboración de un marco teórico-conceptual que nos hiciera comprensible la tumultuosa y caótica apariencia de las relaciones internacionales, ahora que se ha impuesto el paradigma liberal, ¿qué queda por hacer sino, en el mejor de los casos, reseñar la forma como este liberalismo alcanzó su contundente victoria, o empacar textos y establecer algún buen negocio?

De hecho, la noción de la desaparición del objeto de estudio propio de las relaciones internacionales mediante la homogeneización del sistema internacional, no resulta del todo inapropiada. Si admitimos que, en efecto, el concepto mismo de “relaciones internacionales” en su más amplia acepción, sólo es posible en presencia de unidades políticamente autónomas que establecen vínculos de interacción entre sí y que, por otro lado, los procesos de integración económica tienden a desvanecer las fronteras políticas; un mundo en que esa delimitación de fronteras nacionales tiende a perder relevancia no parece impensable, a pesar de la vigencia del sentimiento nacionalista que lo contrarresta. Más aún, me parece que la interacción entre la tendencia universalizadora (que busca homogeneizar a la humanidad) y la tendencia regionalizadora que se manifiesta regularmente en forma de nacionalismos exacerbados (precisamente para aminorar los efectos de la homogeneización), ofrece un terreno fecundo para la indagación teórica en nuestra disciplina.

Lo que resulta por lo menos cuestionable, en la propuesta de Fukuyama es que “la idea occidental” que él maneja —ese esquema de la universalización del sistema de mercado libre— tenga el potencial para ofrecer un modo de vida, a nivel planetario, que esté ya libre de contradicciones, y que, en consecuencia, efectivamente detenga la confrontación ideológica o material entre los participantes en la escena internacional.

Cabe incluso cuestionar, llevando las cosas al extremo, si es que efectivamente existe algún sistema, siquiera a nivel nacional, que disponga de un esquema de valores que permita la superación definitiva del debate ideológico debido a sus contradicciones inherentes. Basta pensar, por ejemplo, en las doctrinas religiosas, que suelen fincarse en principios axiológicos bastante rígidos, y que con el devenir del tiempo invariablemente dan lugar al surgimiento de nuevas sectas que se autoproclaman las intérpretes correctas del significado auténtico de los principios originales.

No queda duda, sin embargo, que los acontecimientos que impresionan-

ron tan vivamente a la opinión pública del mundo occidental hacia finales del año pasado; ese espectacular derrumbe de las estructuras de poder, cual si hubiesen sido castillos de naipes, en la franja oriental del continente europeo, no sólo marca un giro en la historia, sino que (precisamente en función del cambio) obliga a un replanteamiento de los postulados teóricos, y desde este punto de vista, resulta imprescindible volver a cuestionar: ¿Existen los elementos (las categorías teórico-conceptuales) en el materialismo histórico y dialéctico que nos permitan comprender la evolución de estos hechos? Me parece que en la noción ya sugerida arriba respecto del virtual estado de guerra que (como ya dijimos, en esencia significa encaminar la mayor parte del esfuerzo productivo hacia el fortalecimiento del sector militar con el subsecuente deterioro de las otras ramas de la economía) vivieron las economías de estos países, prácticamente desde el inicio de los gobiernos comunistas, hay elementos suficientes para explicar su estancamiento y, en función de ello, el descontento popular que terminó por concretar los cambios.

Pero, ¿significa esto el fracaso de la economía planificada bajo control central? Definitivamente creo que no. Retomando la idea de James en el sentido de que el juicio sobre el análisis científico de Marx debe hacerse evaluando la evolución y funcionamiento del capitalismo (y no del socialismo del cual como régimen económico Marx nunca habló) podemos destacar:

1) Que una buena parte de los problemas que aquejan a la humanidad en su conjunto hoy en día (contaminación ambiental, agotamiento de recursos, crisis financiera, etc.) tienen su origen en un esquema anárquico de producción que, bajo la premisa de "la libertad" ha dado lugar a las atrocidades ecológicas, económicas, políticas y sociales más inverosímiles.

2) Que la solución a estos problemas (misma que ya ha empezado a buscar la comunidad internacional vía acuerdos multilaterales y acciones concertadas) sólo podrá darse mediante un proceso de racionalización de la economía que limite la orientación de una búsqueda desmesurada de ganancia y que dirija a los aparatos productivos nacionales a funcionar en mejor armonía entre sí a la vez que con sus propios ecosistemas.

3) Que, efectivamente, el capitalismo ha logrado por primera vez en la historia de la humanidad, la universalización del proceso económico y que, al hacerlo, ha remitido al plano internacional lo que en un principio fueron contradicciones internas propias de los países donde originalmente surgió este sistema, lo cual explica la concentración de la riqueza en unos cuantos polos de desarrollo a cambio de extensiones crecientes de miseria.

4) Que el logro de cambios que verdaderamente permitan el fin de la histeria que ha caracterizado a las relaciones de los participantes en el escenario internacional entre sí hasta la fecha, sólo podrá darse sobre la

base de una conciencia compartida sobre el bien común, lo cual, a su vez, sólo será posible cuando las condiciones materiales en que se desarrollan las diversas economías nacionales no empujen a los hombres al enfrentamiento fratricida.

¿Existe en realidad alguna tendencia hacia la homogeneización de la cultura universal? ¿Sería esto posible? Kostas Papaioannov nos reseña en "Marx y la política internacional",¹² la forma en que, desde una época tan lejana como el siglo II a.C., el historiador romano Polibio hablaba ya del inicio de una "auténtica historia universal y común a todos los hombres", a partir del "217 a.C., año de las dos grandes batallas del lago Trasimeno en Italia y de Rafia en la frontera sirio-egipcia, es también el de la guerra de los aliados etolios y espartanos contra Macedonia y la liga Helénica (...) Cinco años más tarde, los dos conflictos tradicionales, el de Roma contra Cartago y el de Siria y Macedonia contra Egipto, Pérgamo y los etolios, se combinaron en una guerra "mundial", cuyo teatro fue a la vez Egipto y España, Italia y Grecia, Iliria y Cerdeña. Polibio encuentra aquí el momento crucial en el que las acciones particulares comenzaron a combinarse como si aspirasen a producir un fin común".¹³

Aunque Papaioannov reconoce que la visión de Polibio encierra algo de razón, en realidad su propio punto de vista parece ser más crítico que compartido, ya que, después de todo, la evidencia histórica actual demuestra que esa pretendida "universalidad" de la historia de Polibio sólo abarcaba una región mínima del planeta y una civilización (la greco-romana), entre una multitud de civilizaciones que sólo tuvieron contactos casuales y esporádicos entre sí.

El mismo autor nos dice que, 20 siglos después de Polibio, Karl Marx "creyó escuchar de nuevo el canto del gallo de la historia universal"¹⁴ y que el contenido esencial de su obra en términos de política internacional es un intento por justificar esta convicción. Papaioannov, con muchos otros autores encuentra mayor vigor en la idea del nacionalismo como fuente de la dinámica que mueve a las relaciones internacionales. Pero este punto de vista, que aparenta un sólido sustento, también deja un tanto de lado la evidencia histórica y sociológica de la forma progresiva en que, por encima de las diferencias locales, lo mismo que a su lado, efectivamente se dan procesos de uniformación cultural (lo cual se ha hecho notoriamente más palpable en nuestro siglo gracias al impresionante desarrollo tecnológico de los medios masivos de comunicación) que no sólo nos permiten "disfrutar de la misma música de rock en Praga, Rangún y

12. En Vuelta, núm 83, pp. 28-33.

13. Ibid., p. 28 (subrayado del autor).

14. Ibid., p. 29.

Teherán",¹⁵ sino vibrar con la emoción de un gol, en el momento mismo en que ocurre, virtualmente por todo el planeta.

Si en realidad podemos llegar a entender el curso de los acontecimientos en el plano internacional como resultado de esta interacción dialéctica entre procesos de homogeneización y de distinción; me parece que podemos concluir con cierta tranquilidad que, lejos de proyectarse hacia su fin, la historia, como una sucesión de ciclos, tiende a reiniciarse periódicamente a pesar de la experiencia y la sabiduría que nos han legado generaciones pasadas.

15. Fukuyama, op. cit., p. 3.